

EL CASTILLO DE BILBAO.¹



Sigamos Ibaizabal abajo.

En la orilla derecha del rio, al pasar ese puente que desde tiempo inmemorial enlaza ambas orillas, sobre unas rocas calcáreas que dominan el puente, y puede decirse que tambien el puerto, se alzaba hasta 1335 una antigua fortaleza que llevaba el nombre de Castillo de Bilbao.

Con la memoria de aquel castillo está enlazada la de uno de los hechos más notables del Señorío de Bizcaya.

A mediados del siglo XIII, era, segun unos, décimo cuarto, y segun otros, décimo quinto señor de Bizcaya D. Diego Lopez de Haro, y estaba casado con D.^a Constanza, hermana de D. Gaston, vizconde de Bearne.

Era D. Diego valeroso y de mucho consejo, como lo experimentó el santo rey D. Fernando, su primo, en la conquista de Niebla, de Mula, de Sevilla y otras.

Fué alferez mayor en la conquista de Sevilla, y llevó la delantera con sus valerosos bizcainos, haciendo prodigios de valor en la puerta de la Macarena, donde puso su campo, y dentro de las naves bizcainas en el Guadalquivir, donde echó á fondo muchas enemigas, aunque salió mal herido en la cabeza. Por sus hazañas en Sevilla fué heredado en aquella ciudad, donde una calle poblada despues de la conquista recibió el nombre, que conserva aún, de calle de Bizcainos.

Pero su orgullo y su carácter áspero y fogoso se avenian mal con la noble altivez y el amor á la libertad de los bizcainos, por lo cual estos y su señor tenian frecuentes disputas, obstinándose don Diego en cercenar las libertades á Bizcaya, y los bizcainos en mantenerlas incólumes.

Llegó ocasion en que D. Diego trató de establecer ciertas alcabalas sobre los mantenimientos que se vendian en su Señorío, y los biz-

(1) De una serie de artículos titulados «Recuerdos y descripciones del suelo bizcaino», publicados en «La España» en 1863 por nuestro inolvidable amigo el incomparable escritor D. Antonio de Trueba (Q. E. P. D.)

cainos protestaron contra tal novedad, que se oponía á sus antiquísimas y venerandas libertades.

A son de bocinas tañidas por los sayones, se juntaron so el árbol de Guernica 10.000 bizcainos, la flor de los caballeros, escuderos é hijos-dalgo de la tierra llana, villas, ciudades, Encartaciones y Duranguesado, y rogaron á su señor que les guardase sin mengua alguna las libertades y franquezas que gozaban desde tiempo inmemorial.

D. Diego se mantuvo firme en su resolucion, y entonces los bizcainos acordaron expatriarse buscando tierras francas donde poblar, con cuyo designio se dirigieron al puerto de Lequeitio para embarcarse allí.

Y cuentan las tradiciones, que desde las cumbres del Cosnoaga y el Ereñozar, que como eternas atalayas velan por el santo árbol de las libertades bizcainas, gritaban con los ojos enjutos y el corazon indignado, las mujeres y los hijos de aquellos nobles patricios:

—¡Atravesad los mares y fecundad tierras libres con vuestro sudor, que tierras tiranizadas no merecen más riego que el de nuestras estériles lágrimas!

D.^a Constanza, inducida por su marido, corrió al alcance de los bizcainos, y con lágrimas en los ojos les suplicó que no desamparasen la tierra, y les prometió que D. Diego les guardaría sus fueros.

Los bizcainos, movidos por esta promesa y por las lágrimas y súplicas de aquella señora, tornaron á sus hogares; pero D. Diego Lopez de Haro, en quien el orgullo podía más que la razon, se negó á cumplir la palabra que su mujer había dado en su nombre á los bizcainos.

Heridos ya estos en su noble altivez, y considerando que la falacia de su señor les autorizaba á dar al olvido las altas prendas de aquel y á exigir con la fuerza lo que ántes habían solicitado con la humildad, tomaron las armas, y D. Diego hubo de refugiarse en el castillo de Bilbao.

El castillo no era tan fuerte, ni la gente que lo defendía tan numerosa, que los bizcainos no hubiesen podido expugnarle muy en breve; pero los bizcainos no podían dar completamente al olvido la gloria que más de una vez habían alcanzado acaudillados por su señor, y se limitaron á tener á éste cercado hasta que les otorgase lo que con sobrada razon le pedían.

A los tres meses de cerco D. Diego capituló, comprometiéndose

solemnemente á guardar siempre los fueros, buenos usos y costumbres de Bizcaya.

Unos cincuenta años despues el antiguo castillo de Bilbao continuaba sobre las mismas rocas diciendo para su coletto de agrietadas y negras murallas:

—¿Qué demonio de tragin anda en esta llanura de mi mano derecha que antes estaba tan callada y desierta, y ahora no se oyen en ella más que martillazos de canteros y carpinteros, y no se ven más que casas nuevas que de un día para otro van apareciendo en correcta formacion?

El pobre se temió que los que tanto ruido hacian cerca de él reparasen en que era viejo, achacoso y feo, y le quitasen del medio para que no hiciera sombra á la nueva poblacion, pero por entonces sus temores no se realizaron.

Cosa de treinta y cinco años despues vinieron á asaltarle, no gentes de armas como las que le habian asaltado muchas veces, sino nuevos temores de que no se le permitiese seguir por mucho tiempo acurrucado en su roca.

Un dia empezaron á repicar las campanas, á adornarse ventanas y balcones con ricos paños, y á poblar el aire las músicas y los gritos de alegría.

—Estos bilbainos son lo más loco que yo me echado á la cara, murmuró el pobre viejo, que no entendia jota de aquella algazara; pero no tardó en saber lo que la movia, pues vió que pasaba el puente en medio de las aclamaciones de la multitud nada ménos que el rey de Castilla D. Alfonso XI.

Hacia dias que el rey permanecia en Bilbao contentísimo con los obsequios que le prodigaban los bilbainos, y el castillo creía que nadie se acordaba de él para malo ni para bueno; pero al bueno de don Alfonso le ocurrió, para mostrar agradecimiento á la villa, construir un alcázar en la misma, y el castillo, cuando ménos lo esperaba, se vió acometido por una turba de demoleedores que le demolieron, y transformándose en edificadores le convirtieron en alcázar.

Remozado y con este este pomposo título estaba en sus glorias el huésped de las peñas de la puerta de Ibeni, porque es de saber que entre el alcázar y la torre de Leguizamon que estaba en la esquina de la *cal-Somera* habia una puerta de aquel nombre, cuya defensa se encargó al alcázar.

Lo malo era que el alcázar no era alcázar ni castillo; porque cuando aún no estaban terminadas sus obras interiores, á D. Alfonso le salieron negocios que le importaban más que el alcázar de Bilbao, y este quedó en el estado de caseron muy bueno para guarida de ratones, que eran los únicos huéspedes que le habitaban.

El único servicio que el alcázar solia prestar á la villa era el de atalaya. Sirviendo este modesto empleo, fué teatro de un trágico suceso que le dió alguna celebridad.

Un caballero bilbaino, cuyo nombre calla la tradicion, y hace bien en callarle, para que la posteridad no le maldiga, pretendia inútilmente á la mujer de un pescador.

Desesperanzado de alcanzar por la persuasion los favores de la honrada jóven, apeló para alcanzarlos á la fuerza, pues apoderándose de ella una noche, la condujo al alcázar, donde la tuvo encerrada algunos dias, confiando en vencer su resistencia.

Una noche, viendo que la mujer del pescador perseveraba en sus repulsas, acudió á nuevas violencias; pero la heróica víctima, prefiriendo morir á faltar á la castidad, se arrojó por una ventana de la estancia que le servia de prision y se hizo pedazos en esas peñas que contemplamos con indiferencia al pié de la iglesia de San Anton.

La poesía no ha tenido cánticos para la Lucrecia bilbaina cuyo sacrificio solo hemos visto mencionado en un papel antiquísimo que por casualidad ha llegado á nuestras manos. ¡Que la fe cristiana tenga para ella oraciones!

A principios del siglo XV la fortaleza que, castillo primero y luego alcázar en el nombre, pero castillo en realidad, habia visto pasar por delante de sí siglos y siglos, pagó muy cara la categoría regia con que se habia engalanado: el alcázar de Bilbao desapareció en gran parte consumido por el fuego del cielo, que quiso sin duda purificar aquel sitio de los impuros pensamientos que en él se habian agitado y de la pura sangre que se habia derramado en él.

Algunos años despues acabósele de apeaar, rebajáronse las rocas en que la fortaleza habia tenido permanente asiento, y se edificó sobre ellas la iglesia que hoy las ocupa, y en la que se cantó Misa por primera vez el lunes 5 de agosto de 1443.

ANTONIO DE TRUEBA.

